

PRÓLOGO

Este vocabulario de las palabras más usadas por jóvenes y adolescentes españoles en la actualidad da lugar a dos encontrados sentimientos. De una parte, el de la admiración que proporciona la obra como tal, el esfuerzo descriptivo que ha realizado la autora, la indagación directa que ha llevado a cabo, la extensa documentación acumulada. De otra, el desaliento que produce comprobar que la generación que hoy se está formando se mueve léxicamente en tan estrechos límites, que acumula interjecciones, sinónimos y palabras comodín en su discurso habitual y que, trabada en esa miseria idiomática, no parece estar en la mejor situación para desplegar sus capacidades intelectuales y para hacer volar un poco más alto el pensamiento. La interjección tiene más de ruido que de palabra, los sinónimos indiscriminados, como tengo dicho en otro lugar, son el patrimonio de los tontos y las palabras comodín a fuerza de significar cualquier cosa, acaban por no significar nada.

Además, para desilusión de los que suelen hablar con poco conocimiento, resulta que el llamado lenguaje juvenil carece casi por completo de creatividad y no es en absoluto novedoso. Así lo demuestra María Luisa Regueiro Rodríguez, que es una lexicógrafa de mucha experiencia y de gran calado, que ni se deja engañar ni suele dejar cabos sueltos. Todo lo que recoge este vocabulario estaba ya por ahí, en nuestra lengua o en las otras, cuando se trata de barbarismos. Hay voces que vienen, incluso, desde la Edad Media y algunas que se usaban en la germanía del siglo de oro. Otras proceden del XVIII o del XIX y no digamos las del XX, las que eran timos, para los que ahora somos viejos, en nuestra dorada juventud. Palabras arrinconadas o perdidas por los desvanes de la historia y que ahora

se recuperan, con alardes de descubrimiento, pero que más bien exhalan un cierto tufo de ranciedad.

Bienvenido este vocabulario, que tantas cosas aclara y al que, seguramente, acudirán con intención narcisista los jóvenes hablantes que se den por aludidos y, a lo mejor, ya puestos, este vocabulario los lleva a cualquier diccionario general y le acaban tomando gusto y reconociéndole utilidad. Que con el diccionario grande sí que se pueden ganar batallas. Philip Roth, en *La mancha humana*, hace decir al protagonista: “Mi padre fue tabernero, pero insistía en la precisión de mi lenguaje y yo le hice caso. Las palabras tienen significados, como sabía incluso mi padre, aunque no pasó de la Enseñanza Primaria. Detrás del mostrador tenía dos cosas que le ayudaban a zanjar las discusiones entre los clientes: una porra y un diccionario. Me dijo que el diccionario era su mejor amigo...y así sigue siéndolo hoy para mí”. Si este vocabulario sirve para suscitar en los jóvenes el interés del léxico y, por ende, los lleva a aficionarse a los diccionarios, es probable que acaben comprendiendo su valor para zanjar disputas, con preferencia a las porras o a los puños, porque sus múltiples entradas son senderos que conducen con tino y precisión al conocimiento de lo distinto y, tanto la autora como yo, sabemos que el fundamento metodológico de la lingüística que profesamos es el principio de que solo se conoce por diferencia.

A veces se habla de jerga juvenil y la misma María Luisa Regueiro Rodríguez imaginó, al comenzar su investigación, que eso era lo que iba a encontrar. Lo recuerdo porque bromeé al respecto: “Pues la va a liquidar puesto que una jerga, por su propia esencia, dura como tal hasta que se publica su vocabulario”. Lo que, desde la estricta terminología lingüística es evidente: por *jerga* entendemos cualquier tipo de lenguaje críptico, ininteligible fuera del grupo que convencionalmente lo utiliza. La función esencial de la jerga es que no sea entendida por oídos ajenos que la pueden escuchar, su finalidad no es otra que ocultar el mensaje. Cualquier lengua puede ser utilizada con intención jergal cuando se habla ante personas que no la entienden, con ánimo de ocultarles lo que se dice.

No es el caso de este vocabulario juvenil, que se entiende todo, como digo, y que no esconde significados esotéricos, pues sus contenidos son bastante simples e imprecisos, lo que no quiere decir que no contenga numerosas voces que provienen de efectivas jer-

gas, desde las antiguas jerigonzas de la germanía hasta el argot reciente de la drogadicción, pero en cualquier caso vulgarizadas ya, no enigmáticas. Y cuando aparece algún resto de intención jergal, como eso de “comerse unos ajos tiernos”, pues ya tenemos aquí esta obra que nos lo descifra. Los acortamientos de palabras o frases han sido siempre una tónica de los usos juveniles, la *seño*, el *profe*, que en ocasiones se han generalizado felizmente: la *bici*, el *cine* y tantas más. Encuentro dos que pertenecen a esta generación estudiada y que merecen, a mi entender, larga vida y fortuna: el *porfa* que se puede convertir en cómodo sustituto del cortés *por favor*, y el pujante *finde* para *fin de semana*. Castizo además: yo les oigo a algunos adultos decir *güiquén* y me espeluzno.

Como uno sabe, por lexicógrafo, que todo vocabulario o diccionario es siempre una obra abierta, que admite día a día adiciones y enmiendas, que suscita críticas y discrepancias, yo le deseo y auguro a este un éxito fulminante y aguardo la segunda edición expectante y curioso.

GREGORIO SALVADOR